

ces) la de atropellar con tanto descaro los divinos Mandamientos? Y volviéndose á mí me decia: haz que vuestra ley se publique en mi país, y yo te aseguro que será en él mas respetada, y mas fielmente obedecida que en el vuestro.

Mientras tanto, habiéndolo llegado á Lisboa un navio que se hacia á la vela para el Mediterráneo, me ajusté con el Capitan para que nos recibiese á los dos, y habiéndonos embarcado, logrando próspero viento, pasamos el Estrecho de Gibraltar, entramos en las aguas de las Islas Baleares, nos engolfamos en alta mar, y dirigimos la proa hácia Liorna. Entrando despues en la altura de Cerdeña, y dexando atrás aquellas aguas, arribamos felizmente la víspera de Navidad á dicho puerto, dando mil gracias á Dios por tan pronto como afortunado viage. No nos detuvimos en Liorna mas que dos dias; desde allí pasamos á Florencia, y despues á Roma. Esta, dixe á Dagal, es la primera Ciudad de todo el Universo, antiguamente Capital del Imperio Romano, y hoy la Metròpoli de la Religion Católica. Aquí tiene su Silla y su Corte el Vicario de nuestro Dios; aquí reposan los huesos de innumerables Santos de nuestra Religion, y de aquí salen para todas las partes del mundo los Propagadores del Evangelio. Mientras estaba diciendo al Intérprete todo esto, observé que él lo oía con silenciosa admiracion; y al ver tantos suntuosos edificios, tantos magníficos templos, y tantos venerables antiguos monumentos, así sa-

grados, como profanos, no cesaba de darme millones de gracias, por haberle conducido á un inmenso Pueblo, donde todo respiraba grandeza, decoro, magestad, y un gusto el mas exquisito.

CAPITULO XL

Dexa el Siciliano á su Intérprete en Roma, y él parte á Palermo. Encuentra en ella impensadamente á Isidoro, y éste le hace la alegrísima sorpresa de presentarle viva á su querida esposa Irene.

La primera cosa que hice luego que descansamos algunos pocos dias, fue conducirle á una Comunidad Religiosa de exemplarísima observancia, y presentarle al Superior, suplicándole que le catequizase, instruyéndole en los principales y mas necesarios dogmas de nuestra santa fé. Le declaré quién era, de dónde, cómo y á qué venia, añadiendo, que estas eran las primicias que se consagraban á Dios de una Nacion sepultada hasta ahora en la fatal ignorancia de su santa ley. No puedo explicar el grandísimo consuelo de aquel buen Padre y santo Religioso, al oír el inestimable presente con que yo le regalaba. Abrazóle estrechísimamente con entrañas de verdadera

caridad, hizo que le dispusiesen una celda, y desde luego dió principio á la grande obra de su conversion. Mientras tanto que ésta se maduraba, determiné efectuar mi proyectado viage á Sicilia; y despidiéndome de Dagal, no sin lágrimas de una y otra parte, el día siguiente partí á Nápoles, de donde en una galera de aquel Reyno me transferí prontamente á Palermo.

Iba á entrar en una posada de esta Ciudad, quando sentí que me tiraban por detrás de la cascaca: volví prontamente la cabeza, y con grande admiracion mia me hallé con mi carísimo Isidoro. ¡Qué fortuna es la mia, Señor César (exclamó primero él) la de estar viendo que al cabo habeis vuelto á respirar el ayre de vuestro nativo cielo! ¡Y qual será la mia, amigo del alma (le repliqué), quando te veo en estado tan diferente de aquel en que te dexé últimamente en Lepanto! A su tiempo (repuso Isidoro) discurriremos mejor, y mas de espacio. Ahora habeis de saber, que para vos no hay en Palermo otra posada que la de mi casa. Gracias á Dios he recobrado mis pocos bienes, y habiendo muerto mi cruel padrastro, vivo quietamente con mi buena madre, manteniéndome con la renta de mis posesiones, que aunque téhuelo, todavía no he tenido necesidad de tocar á un corto depósito de dinero, que tuve la fortuna de adquirir despues que los dos nos separamos. Diciendo esto me fue poco á poco, y como insensiblemente retirando de la posada, y conduciéndome por una callejuela,

la, entramos en una casa mediana decentemente alhajada con muebles bastantemente civiles. Todo lo que aquí veis (me dixo Isidoro) es tan vuestro como mio. No tengo en este mundo otro consuelo mayor que el de partir con un amigo como vos las pocas conveniencias que me ha reservado ó regalado mi buena fortuna. Mientras se disponia la cena, y se llegaba la hora de sentarnos á la mesa, quiso que yo le contase mis aventuras: hícelo con mucho gusto, y con la mayor exáctitud. Quando llegué al trágico suceso de mi muy amada Irene en Franstad, me enternecí de manera, que las lágrimas no dieron lugar á las palabras para explicar el dolor. Se conmovió no poco el amigo al verme tan penetrado de aquella desgracia mia; procuró consolarme, diciéndome, que todavía podia encontrar quien me resarciese de aquella fatal y sensibilísima pérdida. Respondíle prontamente, y no sin alguna viveza. ¡O! eso no, amigo mio; estoy muy resuelto á mantenerme en el celibato lo restante de mi vida. Proseguí informándole de todo lo que me habia sucedido despues que partí de Polonia, y quando le dixé que pensaba volver á Madagascar con un buen número de Misioneros, me interrumpió diciendo: no amigo, me está diciendo el corazon, que te convendrá hacer otra mision muy diferente. Constante que tus rentas y tus bienes están muy en sér, administrados muy cuidadosamente por persona que verdaderamente te ama, y que nun-

ca perdió las esperanzas de que vendrias á gozarlos, á pesar de las voces que corrieron de tu muerte. La prueba de esto la verás presto por tus mismos ojos sin que te des á conocer. No sabía yo, ni podia imaginar quién pudiese ser aquella persona que habia tomado tan á pechos el cuidado de mis cosas, y ya me pasaba por el pensamiento que seria sin duda el mismo Isidoro el que se habia encargado de mis intereses, y de promover las mejoras y adelantamientos de mi hacienda. A este tiempo nos avisaron que estaba ya la cena en la mesa, y con esto se interrumpió nuestra conversacion. Nos sentamos á cenar juntamente con la madre de Isidoro, la qual era una muger bien parecida, no obstante ser ya un poco entrada en edad. Durante la cena se hizo mencion de algunos curiosos lances que la habian sucedido, mientras vivia el cruel padrastro de Isidoro, y se pasó aquella hora con increíble alegría, porque la memoria de las desgracias pasadas hacen mas gustosas las felicidades, quando comienzan á rayar dias serenos y claros en las familias. Habia ya dos dias que era huesped de mi amigo en Palermo: sacábame á pasear por la Ciudad, y muy de propósito me hacia conocer las mugeres que eran tenidas por mas bellas y amables. Aquella (me decia) seria un buen partido para tí: es una viuda de fresca edad, y rica por la grande herencia que la dexó su marido: si no te gusta una viuda, allí tienes una donce-

llita; sabia, honesta, bien parecida, hija única de un padre muy achacoso, y por consiguiente heredera de su gran caudal, y no menos grandes posesiones. Facil cosa me será (proseguia él) hacerte lograr qualquiera de las dos, en escogiendo tú la que mejor te pareciere. No me hables de volverme á casar, le respondí: desde que murió mi querida Irene, el nombre solo de *matrimonio* se me ha hecho tan odioso, que enteramente se apagaron para mí las antiguas geniales teas del himenéo. Ya te entiendo, me replicó Isidoro: segun eso quieres holgarte de moggollon, gozando los privilegios del matrimonio, sin las cargas ni disgustos que trae consigo. ¿Es este el bello y rígido moral que aprendiste en Madagascar? No me tienes (le volví á replicar con un poco de ayre): ya te he dicho que quiero observar el celibato con todo rigor, y Dios sabe si todavia pasará mas adelante mi melancolía. ¡O Señor César! si eso nace de melancolía, os tengo lástima, y lo pasareis muy mal. La melancolía produce en los hombres muy perniciosos efectos: un hombre de entendimiento no debe dexar apoderarse de ella, porque siempre he oido decir, que está muy cerca de esta señora la que se llama locura. Asi pues, yo espero encontrar algunos objetos, que solo con verlos te hagan despedir de casa á esa fastidiosa hembra, y transformarte en otro hombre muy diferente del que ahora te veo. Creí ciertamente que Isidoro se burlaba quando le oí hablar de

de esta manera, y así solamente le contesté con una carcajada.

Pero no sabré ponderar lo sorprendido que me quedé la tercera noche que estuve en su casa, quando entré en mi quarto para irme á la cama, y ví que estaba acostada en ella una muger. La escasa luz que alumbraba el quarto, que era bastantemente espacioso, añadiendose á eso la turbacion que me causó la vista de aquel objeto, no me permitió discernir bien, ni su edad, ni sus facciones. Lo primero que me ocurrió, acordándome de la conversacion que acababa de tener, fue que seria alguna muger de mala vida, metida allí por Isidoro para probar mi continencia. Así pues volví inmediatamente las espaldas, y me salí apresuradamente de mi quarto, sin querer siquiera mirarla á la cara, y encaminándome derecho á donde habia dexado al amigo, le supliqué me hiciese el gusto de disponer, que por aquella noche se pasase mi cama á otro quarto, porque en aquel donde habia dormido las noches precedentes, corria á la sazón un ayre poco grato y menos sano. ¿En qué puede consistir eso? me respondió; ¿ni qué cosa puede haber inficionado aquel ambiente? Quizá se la habrá comunicado el mal olor de alguna casa vecina, ó puede ser que por descuido se dexasen abiertos los balcones, y haya entrado por ellos algun vapor pestilencial, ya sea alguna fétida exhalacion de la baxa marea, ó ya tambien de las lagunas cercanas, que mu-
chas

chas veces suelen inficionar el ambiente. Si es algo de esto, se hará perfumar bien el quarto con yerbas odoríferas, porque en quanto mudar la cama á otra parte, no te puedo servir, por no haber en toda la casa mas que tres alcobas: la que tú ocupas, que es la mas decente, aquella en que duerme mi madre, y otra en que duermo yo. Amigo, le repliqué, el tufo que me dió, es mucho peor que el de cloaca, el de baxa marea y lagunas estancadas. Todos los aromas de la Arabia no bastan para perfumarle, ni mucho menos para purificarle de su contagiosa pestilencia. Siendo eso así (repuso él) vamos á ver en qué consiste una novedad tan estraña y tan tediosa. Diciendo y haciendo se levantó de la silla donde estaba sentado, para que fuésemos juntos á mi quarto; pero al llegar á la puerta de él, nos salió al encuentro su madre, que traía de la mano á mi querida Esposa Irene, vestida con una especie de bata. Dixéronme entonces madre é hijo, dando grandes carcajadas: he aquí, Señor César, lo que es todavía mucho peor que una cloaca, que una baxa marea, y que todas las lagunas estancadas: vea usted ahora, si bastarán todos los perfumes de Arabia á purificarla de su pestilencia. Dexo á la discreta consideracion de ustedes el figurarse lo asombrado y lo aturdido que me quedaria á vista de una sorpresa de aquella especie y de aquel gusto. Parecíame sueño, ó bizarra ilusion de una fantasía despierta, pero turbada, creyendo ser algun espectro, ó cuerpo aéreo el que

CAPITULO XII.

Sucesos de Irene despues que el Siciliano se escapó de Franstad, y muerte funesta del Capitan Arnaldo.

Luego que el Sol se levantó de su dorado lecho en el Oriente, dexamos tambien nosotros nuestra blanda cama, no ya solitaria, y como viuda, y dirigiéndonos á donde nos estaban ya esperando madre é hijo, deseosa Irene de apagar quanto antes la justa curiosidad que yo tenia de saber sus aventuras desde que los dos nos habiamos separado, dexándola yo en aquel mortal deliquio, lo hizo de esta manera.

Quando las gentes de la posada de Franstad te vieron saltar furioso de la cama, y partir colérico de casa, se vinieron á mi quarto, y viéndome en el lastimoso estado, en que me habia puesto la mortal bebida del falso y desapiadado Médico, rezelosos de que fuese efecto de algun golpe que tú me hubieses dado, me registraron cuidadosamente, y no habiendo descubierto en todo mi cuerpo herida, contusion, ni el menor indicio de la mas mínima ofensa exterior, comenzaron á sospechar lo que verdaderamente habia sido, y se confirmaron en esto, quan-

quando vieron la calidad de las materias que tu estómago habia vomitado. Con esta duda, que en ellos casi era ya seguridad, me suministraron luego ciertos antidotos que por fortuna tenian en la casa, los quales me preservaron de la vecina muerte que me estaba amenazando. Quando volví en mí, y no te ví en la cama, pregunté ansiosamente por tí; contáronme luego todo lo que habia sucedido con el traydor y alevoso Médico, asegurándome, que tú te habias puesto en salvo fuera de la Ciudad, pero que se ignoraba tu paradero, y aun el camino que habias tomado. Esta relacion, aunque por una parte me consolaba, considerándote sano, y libre de los rigores de la Justicia, en cuyos tardos procedimientos necesariamente se habia de gastar mucho tiempo, mucha paciencia y mucho dinero; por otra me affigia el no saber hácia qué parte te habias encaminado, para poder encontrarte. Parecióme no obstante, que verosimilmente habrias dado la vuelta á Dresde, y asi inmediatamente me puse en camino para aquella Corte; pero todo fue inútil, porque el Barón de Chirchein, en cuya casa me lisonjeaba que te podria hallar, no supo darme la menor noticia tuya; pero tomando cartas en tu desgracia, me obligó á que me quedáse en su casa, donde fui tratada con la mayor distincion, honestidad y respeto. Despues él mismo quiso en persona pasar á Franstad, para tomar lengua de tu fuga, é informarse menudamente de todas sus circunstancias. Volvió á Dresde casi des-

despues de dos meses, y todas las noticias que pudo recoger se reduxeron á que todavía te hallabas tú en aquella Ciudad, quando yo salí de ella en busca tuya; y que poco despues habias partido á la Silesia en compañía de un Monge, á donde pasó tambien el mismo Baron; pero noticioso de que el Monge se habia transferido á la Bohemia, llevándote siempre consigo, no habia podido seguiros, porque le llamaban á la Patria los urgentes negocios de su casa. En virtud de estas noticias resolví partir prontamente á Bohemia, para lo qual me proveyó de dinero el Baron, y me hizo acompañar de un criado antiguo de su casa, con quien me puse en camino con una indecible ansia de verte y abrazarte. No hay en Europa país donde las mugeres puedan viajar con menor peligro como la Alemania. Pueden caminar por toda ella con una casi total seguridad de no ser molestadas, ni solicitadas, porque los hombres en este particular son los mas discretos, y los menos maliciosos de todas las Naciones que yo he corrido y tratado. Arribé pues á Praga con toda felicidad, y habiéndome informado con destreza del Monge Predicador, á quien te habias agregado, supe que le habian destinado á las Misiones de las Indias Orientales, y que tú habias partido con él, dándose por supuesto que tomarias el camino de Italia para embarcaros en Génova ó en Liorna. Creí que tú solo le acompañarias hasta alguno de estos dos puertos, y que

que desde él pasarias á Sicilia para ponerte en posesion de tus bienes, como me constaba que lo habias pensado hacer antes que emprendiésemos el viage á la Saxonia. Supuesto este concepto, solo debia pensar en seguirte; porque el criado de Chirchein tenia orden de su Amo de no acompañarme mas que hasta Bohemia, y desde allí restituirse á Saxonia. Yo no me hallaba con el dinero que habia menester para emprender un viage tan largo; y volverme á Dresde para solicitarle á cuenta de nuestra pension, me pareció que era desviarme demasiado de mi camino.

Hallábame en esta grande irresolucion, quando entró en la posada donde yo estaba un forastero, á quien le señalaba el posadero un quarto pared en medio del mio. Noté que hablaba chapurradamente el Aleman, y perfectamente el Italiano con el Camarero que le habian destinado, el qual entendia y hablaba bien ambas lenguas. Picóme la curiosidad de saber quién era aquel nuevo huésped, y quando sentí que salia de su quarto, le aceché por un agujerito que habia observado en la puerta del mio, y vi que era nuestro grande y fidelísimo amigo Isidoro. No era posible encuentro mas feliz para mí en medio de tantas desgracias. Dime luego á conocer, y él quedó aturdido de hallarme en aquel país. Luego me preguntó por tí, y quando le conté todos nuestros sucesos despues que nos volvimos á encontrar en Buda, quanto mas le lastimaron tus desgracias, tanto mayor fue la fineza con

con que se ofreció á asistirme , hasta que dispusiese el Cielo que yo volviese á verte. Y vesme ya desde aquel día baxo la asistencia y custodia del mayor amigo que has tenido en tu vida. Partí pues en su compañía de Bohemia, y nos venimos á Italia. Estuve en Genova y en Liorna, sin que en ninguna de estas Ciudades hubiese podido adquirir la menor noticia de tu persona, ni de la del Monge Misionero de las Indias. Con esto me vine á Sicilia, donde me dí á conocer á mis padres, y estos me perdonaron mi fuga, me abrazaron, y se compadecieron mucho de mis extrañas aventuras. Ellos me ayudaron para que en tu nombre se me diese la posesion de tus bienes, y se me encargase su administracion, pero tanto como hubiera celebrado esta nunca imaginada fortuna, si estuviera en tu compañía, otro tanto me despedazaba el corazon verme sin tí en tu misma casa. ¡Qué diligencias no hice para tener alguna noticia de tu persona! Hice que Isidoro escribiese á varias Ciudades y Países; pero todo inutilmente. ¡Y cuántas veces me vino al pensamiento salir á buscarte por todo el mundo hasta saber tu paradero? Pero así vuestro buen amigo, como mi padre, me hicieron ver tan claramente los peligros, trabajos, inconvenientes, y sobre todo la casi segura inutilidad de tan desesperado viage, que al cabo me lo quitaron de la cabeza, devorándome mientras tanto el deseo, y lisonjeándome tal vez la alegre esperanza, de que al fin dispon-

dria el cielo que volvieses á ver tu amada patria. Pero este suspirado momento no acababa de llegar, y en lugar de él se apoderaba del corazon el temor de que algun funesto accidente te hubiese borrado del número de los vivos, ó que imaginandome ya difunta, hubieses pasado á segundas nupcias, enamorado de alguna que aspirase á ser sucesora mia. Todas estas cosas me daban una grandísima pena; pero ninguna fue igual á la que me causó el imprevisto arribo á Mazara del Capitan Arnaldo. Este hombre nunca había podido olvidarse de mí. Su pasion cada día era mas violenta, y creció á lo sumo con mi fuga, de manera, que habiéndome inutilmente buscado en varias partes, se vino en fin á Sicilia, suponiendo que yo me habría vuelto á ella. En esto no se engañó; pero quando supo que me había casado contigo, que te habías huído, y no se sabía dónde parabas, se le volvió á encender la gana de poseerme, á pesar del sagrado indisoluble vínculo que nos ligaba á los dos. Inclinábase su genio á emprender siempre lo que menos podía y debía; de manera, que quanto la empresa era mas árdua, tanto menos dispuesto se sentía á abandonarla. Había tenido modo de averiguar todos tus pasos, ó á lo menos muchas de sus circunstancias que nosotros ignorabamos. A buena cuenta supo que te habías embarcado en Lisboa con un Misionero de las Indias Orientales, y nos mostró una carta de este Padre escrita en

Goa, en que daba la noticia, que tú con algunos Portugueses habias sido muertos á manos de los Salvages de Madagascar, habiéndoois salido á pasear por las playas de aquella Isla. Esta noticia me hizo derramar amarguísimas lágrimas, y á no haber sido por Isidoro, que siempre me alentaba, y me consolaba con remotas esperanzas, contándome casos de muchos viajeros, que despues de llorados por muertos á manos de los Bárbaros, ó sumergidos en el mar, aparecieron vivos y sanos en sus casas, recobrando tal vez á sus mugeres, que suponiendo los muertos habian pasado con buena fé á segundas nupcias; digo que á no haber sido por lo mucho que Isidoro me confortaba con la relacion de semejantes sucesos, seguramente que el dolor me hubiera quitado la vida.

No bastándome el trabajo de tener que lidiar con esta horrible pasion, tenia por otra parte que combatir con la tediosísima y obstinadísima importunidad de Arnaldo. No podia asomarme á una ventana, sin verle luego en la calle; ni era dueña de salir á una Iglesia, sin que en todas partes se me pusiese delante. Fuera de eso tenia de su parte á mis padres, que no cesaban de atormentarme, diciéndome, que acabase ya de dar gusto, y hacer feliz á un hombre que por tanto tiempo habia dado tantas pruebas de una constancia acaso sin exemplo. Muchas veces llegaban tambien hasta tratar de ne-
cia mentecatez el llorar inutilmente á un hom-
bre

bre que habia tenido valor para dexarme casi entre las garras de la muerte, sin solicitarme algun socorro, ni disponerme siquiera una decente y honrada sepultura, escogiendo antes andar vagando por el mundo, que esperar por lo menos á saber cuál era mi paradero; pero no obstante la impresion que me debian hacer todas estas cosas, de nada hice caso; y ora me considerase casada, ora me supusiese viuda, queria usar de mi derecho, resistí á todas aquellas sugestiones, respondí con toda resolucion, que si estabas vivo, no podia, y que vivo ó muerto, no queria conocer otro marido que á tí. Quando el Capitan vió que eran inútiles todas sus diligencias, á manera de los hombres bestiales, pasó á un rabioso ódio desde un furioso amor, y pensó vengarse del desprecio que hice de su mano, por el termino mas vil y mas indigno que se puede imaginar. Comenzó á quitarme públicamente mi honor, diciendo, que no solo habia servido yo á su lascivia, sino tambien á la de sus mas baxos y mas perdidos soldados, añadiendo, que aun actualmente me entregaba á los hombres mas disolutos, los quales por lo mismo eran los objetos mas preferidos de mi deshonesto inclinacion. Considera ahora tú, si me afligirian todas estas cosas; pero no las podia remediar, ni como muger tenia otro desahogo que el de mis lágrimas. Mas aquel Señor que defiende la inocencia, y algunas veces dispone, que sean públicamente castigados
los

los que la persiguen y calumnian, no permitió que padeciese largo tiempo mi reputacion. Un día que en la plaza pública estaba mas envenenado contra mí, repitiendo con particular energía las acostumbradas donosuras, fue repentinamente asaltado de un accidente apopleptico, que desde luego le impidió el uso de aquella lengua que tan desapiadadamente estaba revolviendo contra mi honor. Conoció entonces el infeliz su gravísimo pecado, y reconoció la mano de donde venia aquel castigo, y no pudiendo retratar con las palabras sus enormísimas mentiras, pidió por señas recado de escribir, y confesó públicamente haber sido falso y calumnioso todo lo que había dicho de mí. Dixo, que me pedia perdon, y sobrevivió despues dos días, al cabo de los quales murió, dando muchas señales de verdadera penitencia, con edificacion y consuelo de los que se hallaron presentes.

Esta muerte, que me libraba de un grandísimo trabajo, fue para mí como presagio y aun principio de buena fortuna, la qual parece me queria volver á mirar con buena cara. Y á la verdad no me engañé, porque despues de aquel caso, no se han pasado seis meses, sin que haya tenido el inexplicable gusto de volver á verte, quando todos creian que para siempre te había perdido.

CAPITULO XIII.

Participa el Siciliano á Dagal el hallazgo de su muger. Dudas sobre su vuelta á Madagascar: oponese á ella su esposa. Declara á Isidoro el pensamiento de su marido, y resolucion que éste toma.

Asi acabó su relacion mi bella Irene, y con este motivo se repitieron nuestros abrazos, nuestros parabienes, y nuestras recíprocas congratulaciones. Yo no quise perder tiempo, ni dilatar un momento de dar parte á mi amigo Dagal de este mi felicísimo suceso, bien que nunca le había contado mis aventuras. Escribíle pues una carta, en respuesta de la qual me daba la gustosa noticia de su solemnísimo bautismo, celebrado con la mayor pompa, y con la asistencia de muchos Cardenales y Prelados, habiendo dado á la Corte de Roma un magnífico y alegrísimo espectáculo con su dichosa regeneracion á la católica fé por el bautismo. Dábame muchas enhorabuenas por el feliz hallazgo de mi cara esposa, advirtiéndome al mismo tiempo, que no me dexase llevar de una excesiva complacencia ó condescendencia con ella, teniendo presente la manera con que eran